

XIV

Cuando regresó Pablo Estrada, acompañado del médico, Matilde continuaba de pie, asida convulsivamente a un pilar del lecho: su madre y Juliana la sujetaban por los hombros, fortificándola con sus consejos: ella no se quejaba, pero la expresión alocada de sus ojos y la súbita demeración del rostro, revelaban la intensidad de su padecer. Al entrar en la alcoba, Tarazona, se detuvo, observando el cuadro.

—¿Cómo está la enfermita?—preguntó.

—Mal, don José, muy mal—repuso la joven, procurando serenar el nervioso temblor de su voz.

—¿Cuándo comenzaron los dolores de dilatación?

—Hoy, entre tres y cuatro de la madrugada...

Tarazona consultó lentamente su reloj, como hombre que sabe apreciar el valor de los minutos.

—Suponiendo que fuese a las cuatro—dijo—, lleva usted seis horas así... y me extraña, porque las múltiparas no suelen retardarse tanto...

Y añadió, dirigiéndose a Pablo, que le miraba:

—En eso influye mucho la debilidad de la paciente.

Acercóse al lavabo, apartó los botecitos de esencias y empezó a colocar los objetos que tenía envueltos en un trozo de franela blanca: varios papeletos de cornezuelo de centeno, un frasquito con cloroformo, dos cordones de hilo encerado, destinados a ligar el cordón umbilical, una esponja, una sonda, el tubo laríngeo... los forceps que quedaron ocultos bajo un paño; y sin apresurarse se quitó la levita y los puños de la camisa, dejando al descubierto los antebrazos: permanecía delante del espejo entretenido en aquella operación, contemplando a la parturienta con la tranquilidad

del comadrón viejo que sabe restar de los quejidos un noventa por ciento.

Después dijo:

—Necesito un limón, estopa, vinagre, aceite, la venda para fajar a la madre y muchos paños; todo ello debe estar aquí, porque luego, con el aturdimiento, no podrán ustedes encontrar nada. ¿Hay agua caliente?... También la necesitare más tarde, para lavar la criatura.

Juliana salió a cumplir las órdenes del médico; doña Carolina tenía cogida a su hija por los brazos y la animaba con besos y palabras de resignación; Pablo, comprendiendo su inutilidad, permanecía junto a la ventana, deseando que le mandasen para obedecer en seguida. Los dolores del parto se acentuaban: Matilde sentía que algo muy duro, muy poderoso, descendía desgarrando los profundos de su ser, o se detenía, cual si de pronto faltase la fuerza impulsiva; y cada uno de aquellos movimientos iba acompañado de una desconsoladora impresión en el empeine y en las caderas. Un dolor más agudo que los otros la sorprendió, arrancándola un grito que resonó lúgubremente en la habitación silenciosa. Tarazona se acercó.

—¿Sufre usted mucho?

—Sí, muchísimo...

Entonces él colocó su mano izquierda sobre el vientre de la joven, mientras con la derecha oprimía fuertemente la región sacra a cada nuevo dolor, dejando de apretar cuando la punzada disminuía. Matilde Landaluce le miró con tal expresión de gratitud, que conmovió al médico.

—¿Siente usted consuelo?—preguntó sonriendo.

—Sí, mucho; ¡qué bueno es usted!...

—Pues nada—agregó don José dulcemente—; a pujar con fe y tener confianza en mí.

El parto, sin embargo, no avanzaba, y Tarazona quiso reconocer el cuello del útero, para asegurarse de la posición exacta de la criatura. Hincóse de rodillas delante de Matilde y, sin levantar las faldas, metió su mano derecha por entre los muslos de la joven, llevando el dedo índice untado de aceite y extendido horizontalmente, buscando el surco de las nalgas; una vez en él, deslizó el dedo de atrás adelante, y al encontrar la comisura posterior de la vulva lo introdujo suavemente siguiendo la curvatura de la vagina, hasta quedarse con el pulgar extendido sobre el pubis y el antebrazo colocado verticalmente. Doña Carolina observaba a su hija fijamente, deseando conocer en su rostro sus sensaciones; Pablo Estrada miraba también, un poco disgustado por aquel reconocimiento tan íntimo, cuya necesidad no comprendía, y al cual su mujer se prestó sin protestar.

—El parto—dijo Tarazona levantándose—parece ofrecerse bien, pero hasta que los dolores expulsivos no empujen al feto fuera de la matriz, no puedo augurar nada... ¡Quién sabe!... Tal vez haya algo de inercia uterina...

Después, mientras fumaba un cigarrillo que Pablo le dió, se puso a disertar, diciendo que la pelvis está formada por la reunión de los huesos ilíacos, y que parece un embudo vuelto hacia arriba: luego se extendió en consideraciones acerca del feto y de las túnicas que lo envuelven.

—El feto—decía—tiene, generalmente, cincuenta centímetros de longitud, y vive en la matriz rodeado por las membranas, caduca, corión y amnios; entre estas dos últimas forman un saco sin abertura que ustedes conocerán con el nombre de bolsa de las aguas, en el cual hay un líquido sero-albuminoso, llamado amniótico, cuya función capital es la de librar a la criatura de las com-

presiones y golpes que pueda sufrir la madre. ¡Oh...! La Naturaleza sabe más que nosotros...

Nadie respondía y sus palabras quedaban resonando en el aire.

—El feto, cuando está en la matriz—agregó Tarazona—, forma una masa ovoidea, con el tronco encorvado hacia adelante, los pies aplicados sobre las piernas, éstas sobre los muslos y los muslos sobre el vientre y la cabeza y los bracitos doblados sobre el pecho. Casi siempre está cabeza abajo y esta actitud obedece, no a un movimiento instintivo del nuevo ser, como afirmaban ciertos autores antiguos, sino a que flotando la criatura en el líquido amniótico y siendo la cabeza la parte más pesada del cuerpo, es natural que quede debajo, pues la gravedad...

Iba a continuar cuando un segundo grito de Matilde le detuvo, obligándole a arrojar el cigarrillo.

—¡Apriéteme usted aquí como antes—dijo la joven—; me duele mucho...!

—Bien, bien, yo la favorezco; pero usted tiene que ayudarme a mí; sea valiente y en cuanto venga el dolor púje usted y mantenga el esfuerzo... Alégrese usted de sufrir; eso indica que la matriz está en buenas condiciones y que la criatura desea nacer. Veamos: ¿ahora viene el dolor...? Ea, valiente; arriba con él; ¿pasó ya...? Bueno; ¿otro...? mejor... así, así, seguido... Esa boquita cerrada; andando...

Y mientras ella pujaba, él la oprimía vigorosamente la región sacra, mitigando con su esfuerzo bienhechor la cruel intensidad de las punzadas.

A la una de la tarde, Tarazona, viendo que el parto no adelantaba, obligó a Matilde a tomar, para reanimarse, dos tazas de caldo y una copita de vino generoso.

—Y ustedes—añadió encarándose con doña Ca-

rolina y su yerno—vayan a almorzar ; es indispensable que todos estemos ágiles y dispuestos cuando llegue el momento decisivo.

A media tarde comenzaron los dolores expulsivos : Matilde estaba desfallecida, aniquilada por aquel rudo batallar de tantas horas ; anhelante, con la frente cubierta de sudor y las pupilas inmóviles, vidriosas, de los calenturientos : únicamente la sostenía su voluntad, su inquieto geniecillo que no quería rendirse a la fuerza aplanadora del dolor. Parada junto al lecho, las piernas un poco abiertas y las arterias del cuello dilatadas por el esfuerzo, pensaba en Claudio, para ser menos accesible al sufrimiento físico evocando sus secretos pesares y sintiendo así una especie de consuelo, cual si aquella tortura fuese la expiación de su crimen.

Tarazona quiso practicar un segundo reconocimiento. Aquella vez la operación fué más larga : el médico callaba como si toda su inteligencia estuviese condensada en los dedos de su mano derecha, y doña Carolina y Estrada le veían mover el brazo bajo las faldas de la paciente, avanzar, encogerlo, sin hallar lo que buscaba. Luego se levantó y fué a limpiarse las manos en una toalla : en su semblante, contraído por secretos pensamientos, se adivinaba la perplejidad del hombre que batalla con un problema que no sabe resolver.

—¿Y bien?—preguntó Pablo.

Tarazona iba a hablar, pero vió los ojos de Matilde, de su madre y de Juliana, fijos en él, y recordó el aplomo que los libros de parto recomiendan a los comadrones.

—Por ahora—dijo—el feto se presenta bien...

Pero dudaba y volvió a ensimismarse.

—Siento que un líquido me corre por los muslos—exclamó Matilde—, ¿será sangre?...

Don José volvió a hincarse de rodillas delante de ella, para examinarla.

—Ayúdeme usted—dijo a Estrada—, haga lo que yo ; poner la mano derecha en la región sacra y apretar lentamente y según el dolor aumente. Estamos en el período más crítico e importa aprovechar las energías de la paciente.

Todos se agruparon a los pies de la cama. Juliana y doña Carolina sostenían a Matilde por detrás ; Pablo la oprimía según el médico le indicó, y Tarazona continuaba de rodillas, reconociendo los movimientos de la criatura que avanzaba trabajosamente. La joven empezó a gritar, acobardada por tanto suplicio ; de pronto, ahogó sus quejidos metiéndose un pañuelo en la boca y sus lamentos fueron sordos, prolongados, como los del que muere por asfixia. En aquel momento Tarazona, asustado por el curso difícil del parto, se decidió a romper la bolsa de las aguas, sin prever que dada la posición dudosa del feto, acaso necesitase practicar alguna versión difícil que el líquido amniótico favorece.

—Traedme una palangana — dijo imperiosamente.

Juliana acudió en seguida.

—Abra usted las piernas—agregó dirigiéndose a Matilde— ; más, mucho más... necesito operar con libertad.

De súbito retiró la mano y una gran cantidad de líquido cayó en la vajilla ; la bolsa de las aguas estaba rota.

—Ahora, a pujar—dijo—, a pujar mucho y seguido.

Pero viendo que la joven, a pesar de su decisión, ya no tenía alientos para seguir, empleó otro procedimiento que, en casos tales, produce resultados decisivos. Hizo que Pablo Estrada se sentase en una silla, con las piernas abiertas, y

encima, de espaldas a él, sentaron a Matilde, de suerte que sus muslos descansasen sobre los de su marido: él se colocó delante de ellos, en otra silla y también con las piernas abiertas, sujetando con sus rodillas las de la paciente; Juliana, como más forzada, se puso detrás de Tarazona, llevando en las manos una toalla doblada en forma de zurriago. Pablo sujetaba a su mujer por debajo de los sobacos, de tal manera, que, sin llegar al vientre, no la lastimaba los pechos; y Matilde, siguiendo las indicaciones del médico, cogió con ambas manecitas la toalla. De este modo, cuando venía uno de los dolores expulsivos, Pablo Estrada oprimía el cuerpo de Matilde contra el suyo, Juliana tiraba hacia sí y la joven sometida simultáneamente a la acción de aquellas dos tracciones violentas y contrarias, con los pies en el aire, las piernas separadas y sin otro apoyo que las rodillas del médico, pujaba vigorosamente, sacando de su debilidad bríos nuevos: don José, con los dedos índice y tercero de su mano diestra introducidos en la vulva, esperaba el feto que llegaba. Era una operación terrible; un tormento inquisitorial que desuartizaba al condenado. Matilde gruñía sordamente, con la ira reconcentrada de un mastín enfurecido. La vagina, no obstante, estaba relajada y los movimientos expulsivos cesaron casi por completo.

—Eche usted en medio vaso de agua—dijo don José a doña Carolina—un papelito de cornezuelo de centeno, de esos que están ahí, encima del lavabo...

La anciana corrió a cumplimentar la orden, mas en su aturdimiento sus manos temblorosas tropezaron con el vaso y éste se quebró chocando contra el mármol de la mesa. Tuvo que salir apresuradamente en busca de otro, y cuando volvió, Matildita Landaluce había perdido el cono-

cimiento. Fué preciso esperar a que pasase el síncope para administrarle el cornezuelo, y después, viéndola tan extenuada, la condujeron al lecho, colocándola en posición supina, con una almohada bajo las nalgas. Pasados algunos momentos de atonía, se recrudecieron los dolores; hacía un calor sofocante, todos estaban abatidos, sin valor para presenciar aquel suplicio inacabable.

Doña Carolina, inclinada sobre el lecho y sin poder disimular su emoción, lloraba consolando a su hija; Pablo, no sabiendo qué actitud adoptar, recordaba sus tardíos arrebatos de marido prudente, y un secreto remordimiento le inducía a arrepentirse de su obra, ya que tantos dolores y tantas lágrimas costaba; Juliana, conmovida también, se enjugaba los ojos con un extremo de su delantal. Tarazona, inmóvil, con las piernas muy abiertas y los brazos cruzados en actitud napoleónica, miraba a Matilde meditando en las dificultades que presentía y que serían tanto mayores cuanto más cerca estuviese el momento supremo del alumbramiento.

La joven volvió a quejarse. Don José se acercó a ella y metió discretamente la mano por debajo de las mantas intentando un tercer reconocimiento. Entonces los movimientos fetales eran más pronunciados: a cada nuevo esfuerzo de la madre, la criatura avanzaba un poco más; pero luego la matriz se replegaba y el feto retrocedía, aumentando indefinidamente la duración del parto con aquel inútil ir y venir. Por indicación del médico, Estrada volvió a favorecer los dolores, oprimiendo las caderas de la joven a cada nueva punzada, y como el lecho era alto, tuvo que apoyar sobre él una rodilla; esto le incomodaba mucho; a cada instante perdía el equilibrio, dejaba de apretar y se desperdiciaban los dolores expulsivos. Matilde, con la cabeza violentamente apoya-

da en las almohadas, pujaba siempre; tenía el rostro congestionado; las arterias del cuello plétóricas de sangre contenida allí por el esfuerzo; los dientes convulsivamente cerrados, rechinando unos contra otros; los ojos enrojecidos; la barbilla hincada sobre el pecho: las manos crispadas, escarbando las sábanas con ahinco de moribundo. El cornezuelo cumplía su demoledora misión.

—Venga, así, seguidito... y sin abrir la boca, porque entonces el feto desanda su camino y nos encontramos como antes.

—¡No puedo más, don José, no puedo...!—gritaba ella, asustada por aquel hombre impasible que exigía constantemente de sus entrañas nuevos desgarros.

—Sí, sí puede usted — repetía Tarazona—; otras pueden; todas las mujeres, desde que el mundo existe, han podido; ¿por qué no había usted de poder...?

—¡No, ya no más, ya no más...!

—Sí, eso no es nada aún; a pujar y a callar, que hablando se pierde tiempo y fuerzas...

Y ella apretaba de nuevo y Pablo la favorecía mareado, sudoroso, jadeante; mientras Tarazona, con los dedos dentro de la vagina, pretendía justipreciar el curso del parto.

Su torpeza y aturdimiento eran tan grandes, que no sabía lo que palpaba; encontraba en el centro del orificio uterino un cuerpo blando y grueso, que era la nalga anterior de la criatura y que él creía la cabeza; fué necesario que el feto avanzase más, para que su alambicado entendimiento de comadrón indocto y rutinario comprendiese la situación. Detrás de la nalga había un surco oblicuo, a lo largo del cual fué reconociendo la cresta del coxis, el ano y los órganos genitales; la criatura ofrecía una presentación

pelviana completa: esto es, las nalgas estaban más bajas, más inmediatas al orificio de salida que los pies, y era varón. Ante la gravedad del caso, Tarazona quiso, al pronto, confesar sus temores y exponer la conveniencia de llamar a otro médico, pero la esperanza de salir triunfante sin la ayuda de nadie, el amor propio, el temor, tal vez, de perder algo de su prestigio, le hicieron arrostrar la situación con cuantos accidentes sobreviniesen. Entonces se levantó y se dirigió al salón, haciendo a Estrada señas de que le siguiese.

—A usted no debo ocultarle la verdad—dijo—; el parto de su señora se ofrece en condiciones difficilísimas.

Pablo estaba tan emocionado que apenas podía hablar y balbuceaba como un niño.

—Aquí tenemos que practicar la versión—añadió el médico.

—¿La versión?...

Pablo Estrada no comprendía.

—Sí: si usted me autoriza la intentaré solo, porque los acontecimientos se precipitan y no hay tiempo de ir a Madrid en busca de otro profesor: es una de las operaciones obstétricas más difíciles, pero, ¡no podemos esperar, la salud de la madre corre peligro!...

Estrada, aturdido por aquella amenaza, se encogió de hombros.

—¡Qué barbaridad!... Haga usted lo que quiera...

Y volvieron a la alcoba. Matilde, viéndoles muy pálidos, sospechó de qué se trataba.

—¿Hay que operarme?—preguntó.

—Sí—repuso don José—; el feto está mal colocado.

—¿Cree usted que resistiré?... séame franco. ¿No moriré durante la operación?...

Habló con perfecta naturalidad: era un desen-

lace en el que había pensado muchas veces. Allí estaba su fin, los naipes se lo anunciaron: sería madre, moriría desesperada: el hijo nacía vengando la locura de Claudio, ofreciendo en holocausto a aquella razón presa del vértigo, la juventud de la mujer que le enloqueció con el veneno delirante de su amor. Ella lo esperaba; la predicción del infausto desenlace de su vida lo recibió en Leganés cuando estuvo en el manicomio con Estrada, y al subir al coche para regresar a Madrid sintió que el fruto de sus entrañas se estremecía violentamente, cual si obedeciendo al inconsciente mandato de un crispamiento nervioso, hubiese volteado sobre sí mismo... Y, no obstante, a aquel hijo asesino, Punto-Negro le quería, reconcentrando en él la afición que tuvo a Claudio.

—¿Y el niño—preguntó—, vivirá?... ¿Vivirá mi hijo?...

—¡Ya lo creo!—exclamó Tarazona afectando una tranquilidad que no tenía—; el niño nacerá bien si usted es valiente y sufre un poquito.

Eran las siete y minutos de la tarde, y en las quince mortales horas transcurridas desde que comenzaron los dolores de dilatación, la enferma había trabajado tanto que sus manos se abrían, y cerraba los ojos de debilidad, como insensible al sufrimiento. Fue necesario administrarla una taza de caldo y algunas copitas de vino con los oportunos intervalos; Juliana la ayudaba a beber los alimentos inclinándole la cabeza hacia adelante para favorecer la deglución: Pablo, enternecido, miraba la operación, acariciando entre sus manos rugosas y amarillas, las de la enfermita; doña Carolina, hasta entonces serena, se retiró a su dormitorio a aliviar su pena llorando; sus lamentos se percibían tenues pero continuos, debilitados por los cortinajes y las puertas cerradas. El médico murmuraba al oído de Pablo:

—Si es una niña... ¿cómo querían ustedes que tuviese un buen parto?...

De pronto, Matilde abrió los ojos.

—¿Por qué llora mamá?—dijo.

—No, tu madre ha salido—repuso Estrada—; tenía que hacer...

—No, mamá está llorando; ¿por qué llora?...

Al ver a Pablo tan solícito, tan sufrido, velando su duelo, sintió hacia él un enternecimiento repentino, una conmiseración de agonizante que todo lo perdona; y lo que nunca había hecho, lo hizo entonces: le cogió una mano y la estrechó contra su pecho.

—Dile a mamá que venga—dijo—; necesito teneros a mi lado... a ella y a ti...

Estas frases cariñosas a que no estaba acostumbrado y aquella caricia tardía, conmovieron a Pablo, arrasándole en lágrimas los ojos.

Cuando todos estuvieron reunidos, y previo el consentimiento de la enferma, procedieron a operarla. Matilde quedó colocada al través del lecho, de cara a la luz, el dorso apoyado contra algunos almohadones y las nalgas sobre una colcha plegada en varios dobleces, de tal suerte, que el sacro quedaba en lo alto y la vulva descubierta; después aproximaron a la cama dos sillas para que apoyase los pies; las piernas se la cubrieron, por separado, con sábanas.

En una de las sillas se sentó Pablo, Juliana en la otra, cuidando ambos de mantener separadas e inmóviles las piernas de la paciente; doña Carolina, al otro lado del lecho, la sujetaba por detrás. El médico se colocó delante de Matilde, con la camisa remangada hasta el codo y vestido con un delantal, y colocó en el suelo varias toallas para secarse las manos, una cazuela con aceite y los fórceps.

—Usted, don Pablo, es el encargado de dárme-

los—dijo—: cuando yo le pida la rama de tornillos, me da usted ésta; la rama de mortaja, es esta otra.

Todavía tuvieron que aguardar, porque Tarazona quería agua caliente para calentar los fórceps, y Juliana salió a buscarla.

—No nos hemos acordado—dijo—de hacer defecar a la enferma ni de sonarla... Pero, en fin, éstas son precauciones muy secundarias.

Metió en la vulva su mano derecha untada de aceite; el feto seguía, como antes, presentándose de nalgas. Entonces procedió a la versión cefálica, introduciendo en el útero, mediante una acción compleja de presiones y de movimientos rotatorios, su mano desplegada en forma cónica; al llegar al orificio vaginal se detuvo esperando a que pasase la contracción espasmódica del músculo constrictor, y en seguida continuó avanzando suavemente para no provocar con el roce ningún movimiento violento de la matriz, y aprovechando los instantes de reposo que mediaban entre los dolores expulsivos. Aquella operación acreció el sufrimiento de la joven: sus piernas temblaban, su frente se inundaba en un sudor copioso y frío que doña Carolina enjugaba.

Era una situación horrible: Tarazona, vaciando la bolsa de las aguas, cometió un disparate cuyos fatales resultados empezaba a conocer: el líquido segregado por los folículos mucíparos de la vagina, no bastaba a lubricar las paredes de este órgano, y las dificultades de la versión se multiplicaron. Además, asustado por la posición del feto, en vez de aprovecharla y procurar extraerlo de pie, quería practicar la versión cefálica sin presumir que, dada la falta del líquido amniótico y la extenuación de la madre, el resultado de sus manipulaciones sería funesto. Pero su ignorancia le animaba y siguió trabajando afanoso, su-

dando como si estuviese en la boca de un horno encendido.

La operación se prolongó más de una hora, durante la cual fué necesario darle a la paciente un segundo papelillo de cornezuelo. Al fin la versión cefálica quedó hecha, aunque mal; la criatura se presentaba de vértice, con precidencia de un brazo: Tarazona, desesperado, lanzó un juramento e intentó introducir el bracito, pero sin resultado: la cabeza del feto se veía ya, oscilaba en el fondo de un agujero negro. La resignación y el valor heroico de Matilde se habían agotado, y la infeliz empezaba a gritar:

—¡No, no puedo más; me muero, me muero... ¡Arrancádmelo de una vez!...

En aquellos instantes no se acordaba de nadie: el dolor la enloquecía y el instinto de conservación, el ansia de vivir, sofocaban los demás sentimientos. Era inútil hablarla porque no atendía; por sus mejillas corrían abundantes dos regueros de lágrimas, y sus gritos resonaban lúgubremente en el hotel silencioso, la noche era tranquila y, en el mudo abandono de la explanada, sólo se percibía el liviano rumor de gentes que pasaban por la carretera.

—¡Vengan los fórceps—exclamó el médico—, el izquierdo!... ¡No, hombre, esa rama, no; la otra!...

Estrada le dió las dos; aterrado ante el brillo siniestro de aquel aparato. Matilde entre tanto, continuaba gritando desesperada:

—¡Arrancádmelo de una vez!...

Tarazona aceitó los fórceps rápidamente y sólo por sus caras convexas, e introdujo la rama de tornillo por el lado izquierdo de la pelvis, hacia el occipucio de la criatura; la rama de mortaja la cogió con la mano derecha: pero la operación tampoco se ofrecía bien, había resistencias misterio-

sas cuyo origen el médico no sospechaba : aquel brazo indiscreto le entorpecía y tuvo que sacar los fórceps para meterlos de nuevo ; tras algunos tanteos y cuando mediante el dedo índice introducido en la vagina, se convenció de que la cabeza del feto estaba bien cogida entre las ramas, se afirmó sobre los pies para tirar mejor. En aquel trance decisivo, la matriz, estimulada por el cornuzuelo, empezó a contraerse violentamente y la parturienta gritaba a cada nuevo dolor, esta vez más intensos, más continuados.

—¡ A pujar firme !—decía el médico—, ¡ un poco más, y es nuestro ; esa barbilla recogida y esa boca cerrada !...

Pablo Estrada y Juliana, que permanecían sentados sujetando las piernas de Matilde, veían asustados la cabeza de la criatura orlada de cabellos negros, asomando por el orificio exterior de la vulva, avanzando unas veces, retrocediendo otras, según las contracciones uterinas o los movimientos respiratorios de la madre, pero sujeta siempre por los fórceps ; y aquel antebrazo, cuya mano entreabierta parecía pedir auxilio.

—¡ Vamos arriba—gritó Tarazona—, puje usted más, más... más... ! ¡ El niño se ahoga !

Matilde Landaluce, con el semblante enrojecido y los puños crispados, empujaba siempre y sin abrir la boca. De improviso, cediendo a los esfuerzos de aquella operación brutal, se desgarró el perineo y la sangre corrió abundante, manchando las sábanas, la joven lanzó un quejido, pero su voluntad no flaqueó y continuó pujando. En aquel momento la cabeza del recién nacido salía fuera de la vulva, y el médico dejó los fórceps y siguió tirando de él con las manos, hasta arrancarle completamente. Entonces Tarazona le sopló en la cara, le ató el cordón umbilical y después de cortarlo, lo levantó en el aire diciendo :

—¡ Aquí tiene usted a su hijo !

—¿ Vive?—preguntó ella.

—Sí... y con los ojos abiertos.

Todos se levantaron.

—¡ Es varón !—dijo Estrada.

—¡ Varón !—repitió doña Carolina llorando de gozo.

Pero aquella alegría duró un instante ; de sopetón, cual si acabasen de romperle una vena, Matilde empezó a arrojar por sus órganos sexuales un caño de sangre ; fué una hemorragia terrible, hedionda, que empapó las sábanas, los colchones y la alfombra. El médico colocó a la criatura a los pies del lecho, envuelta en una toalla, y acudió a la madre, la tendieron en la cama en posición supina, la fajaron y Tarazona la introdujo en la vulva un gran trozo de estopa empapada en vinagre ; mas la hemorragia no se contenía y bien pronto se formó bajo el lecho un charco de sangre ; en pocos minutos el semblante de Matilde quedó lívido, sus labios palidieron y un frío nervioso agitó sus mandíbulas ; los dientes castañetearon. El médico quiso conjurar el peligro poniéndola de costado, pero aquel movimiento, lejos de disminuir el derrame, lo aumentó.

—¿ Qué es esto?—gritó Estrada.

—No sé—repuso Tarazona—, no sé... tal vez un desprendimiento del disco placentario...

Doña Carolina abrazó a su hija llorando, besándola frenéticamente. Matilde no se movió : tendida boca arriba, las manos abandonadas sobre el embozo y entreabiertos los labios, parecía sumida en un letargo profundo que retardaba sus movimientos respiratorios. Estaba transfigurada : con los ojos más escondidos que las órbitas y la frente más grande y más transparente... Doña Carolina y Pablo la llamaban desesperados.

—¡ Se nos muere, don José... ! ¡ Qué va a ser de nosotros ! ¡ Matilde, Matilde !



Ella abrió los párpados lentamente y miró a todos sin sorpresa, cual si despertase de un sueño muy dulce; era una agonía tranquila de pajarito o de niño, que aun no conoce el temor a la muerte.

—¿Y mi hijo?—preguntó.

—Ahí está—repuso Pablo—, ¿cómo te encuentras?

—¿Vive... vive mi hijo...?

No dijo más y entornó los ojos. Entonces su espíritu tuvo algunos momentos de reflexión; pensó en Antúnez y en ella, y comprendió que su fin había llegado: moría joven, pero no la importaba, puesto que Claudio había muerto para ella y miraba acercarse su postrer instante con la indiferente resignación de los enfermos desahuciados. Cuando despertó de aquel segundo síncope, Tarazona procuró darla una taza de caldo.

—No; ¿para qué...? dijo ella—; todo es inútil; la vida se me va poco a poco...

Fué una escena patética: el eterno drama de los que se dan al borde del sepulcro el último abrazo. La agonía avanzaba y el médico ordenó que Juliana fuese en busca de un sacerdote que administrase a la moribunda la Extrema-Unción. Matilde hablaba difícilmente.

—Pablo—dijo clavando en Estrada sus pupilas vidriosas que la muerte empezaba a inmovilizar—, deseo que ese niño se llame Salvador...

Pablo Estrada, sentado al borde del lecho, lloraba con el rostro oculto entre las manos.

—Quiérole mucho—añadió ella—; es mío...

En instantes tan solemnes, sus labios repugnaron una mentira y no se atrevió a decir «¡Es nuestro...!»

Y volvió a dormirse como Lucano dentro del baño fatal, vencida por la muerte, que iba rompiendo uno tras otro los lazos de su personalidad. Conforme la vida disminuía, la expresión del ros-

tro era más añorada, más inocente, cual si el tormento de su maternidad la hubiese purificado.

—Cuando tornó a abrir los ojos dijo que le trajesen al niño. Tarazona lo recogió y se lo presentó según estaba en la toalla, y Matilde le besó sin hablar.

—¿Y vosotros—preguntó—, me perdonaréis el daño que os haya hecho...?

Hubo una pausa.

—Sí... perdonadme—repitió—, perdonadme...

Su voz iba extinguiéndose.

Aun dijo:

—Perdonadme...

Un estremecimiento sacudió su cuerpo, sus labios temblaron y expiró...

Estas fueron las últimas palabras de Punto-Negro; su postrer pensamiento fué para Claudio; moría recordando la querida memoria del ofensor e impetrando el perdón de los ofendidos y el Destino consumó su obra haciendo saltar el último eslabón de aquella cadena de amores.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, fué conducida al cementerio en un modesto ataúd negro, sobre el cual los amigos más allegados depositaron algunas coronas: en aquella caja, con las manecitas cruzadas sobre el pecho y de cara al cielo, iba Matilde Landaluce, poco antes tan locuaz, tan alegre, tan pecadora, a reposar junto a su primer marido, el sueño eterno. Era domingo y en los ventorros de Cuatro-Caminos resonaban los alegres acordes de los pianillos: al ver el coche mortuario, los transeuntes volvían la cabeza, sorprendidos de que no fuese blanco aquel féretro tan pequeño. Únicamente Pablo Estrada la acompañó.

Madrid.—Noviembre, 1897.

FIN